

RECONSIDERACIONES SOBRE LA PAZ PERPETUA

LEOPOLDO ZEA,
de El Colegio de México

HACE CERCA DE DOS SIGLOS, en 1795, Emmanuel Kant, conmovido por el triunfo de la Revolución Francesa, que lo era también de la razón, soñaba con la posibilidad de lo que llamaba "la paz perpetua". Pero no la paz perpetua de los cementerios, sino la que surgiría de la firme voluntad de todos los hombres de vivir en una paz en la que la razón orientase el espíritu de supervivencia, que se hace sentir en la misma naturaleza. La guerra era, desde luego, un estado natural del hombre, como la paz lo sería de la razón. Pero la misma guerra, entre los hombres como en la naturaleza, tenía como fin la vida; esto es, dotar a la vida de nuevos instrumentos de supervivencia. La guerra era el costo que la vida tenía que pagar, pero era ésta la meta última de la naturaleza. Kant consideraba que siendo el hombre consciente de este hecho, muy bien podía evitar pagar tan alto precio dando a la vida instrumentos de supervivencia menos dolorosos.

Han pasado exactamente ciento sesenta años y unas guerras han sucedido a otras: guerras cada vez más tremendas, en las que la vida está amenazada de ser destruida totalmente. La guerra ya no es el instrumento natural al servicio de la vida, ahora la ha creado la razón del hombre para aniquilar a sus semejantes y, sin quererlo, a sí mismo. En estos difíciles días que pasamos con una vida cada vez más amenazada, no es la paz perpetua, racional, con que soñaba Kant, la que se hace sentir en el mundo, sino, precisamente, la paz de los cementerios: la paz del terror, la paz del miedo; la paz que sólo mantiene el temor a que estalle la violencia total y con ella la destrucción igualmente totalitaria. Han desaparecido los pequeños estados, las múltiples

naciones que hacían la guerra entre sí para mantener sus no menos múltiples intereses. Ahora sólo son grandes potencias, dos grandes y poderosas potencias, las que año tras año, día tras día, acrecientan sus poderes destructivos en una carrera cuya meta es la destrucción total, la muerte absoluta de toda expresión de vida. No se atacan sino con gritería que recuerda las fanfarro-nadas de los héroes homéricos; se amenazan con armas cada vez más destructivas, y ninguno tendría remilgos en utilizarlas si no temiese una respuesta igualmente destructiva.

De este modo el mundo vive una relativa paz, una relativa co-existencia pacífica que es más la expresión del temor a la propia destrucción, porque la aniquilación total del enemigo significaría la propia. Y nunca, en ningún momento, se puede prever la re-acción del enemigo, por violento que sea el golpe que se le aplique. De esta forma se ven obligadas a coexistir pacíficamen-te, a no atacarse en forma tal que ese ataque origine la reacción total que nadie quiere. De ahí surge la guerra fría, esto es, la guerra de la coexistencia pacífica de dos grandes potencias que buscan, no la aniquilación total del contrincante por lo que tiene de peligrosa, sino el desgaste, el agotamiento, el producir daño sin obligar al enemigo a desatar la guerra total.

Coexistencia pacífica, producto del terror que una potencia hace sentir en la otra; esto es, un margen de lo que no puede hacerse, de lo que no puede ser utilizado para evitar que se provoque la explosión. De allí la racionalización de la guerra para que no trascienda el marco de la coexistencia pacífica del terror. Los efectos de esta coexistencia racional en la que el enemigo se combate en una especie de torneo que parecería de-portivo e ingenioso, si no fuera que en él se juega con vidas, con pueblos enteros que sufren, como simples instrumentos, los efec-tos de ese raro deporte de la muerte, la muerte ajena; una muerte extraña a los que mueren, ajena a sus intereses. La muer-te a nombre de otros, por otros y por los fines de otros. Así, otros son los que se sacrifican para el triunfo de los intrépidos jugadores. Kant, precisamente, hablaba ya de este tipo de cam-peón que se enfrenta al adversario utilizando peones. Contaban

que un príncipe búlgaro, a quien el emperador griego proponía un combate personal para decidir cierto desacuerdo entre ambos, contestó: —No seré yo quien luce, para ello tengo a mis soldados, pues otra cosa sería tan extraña como que “un herrero que contando con tenazas, cogiese el hierro ardiendo con sus propias manos”. Lo mismo sucede en esta extraña lucha de nuestros días: las dos potencias se enfrentan indirectamente, utilizando la tenazas que los pueblos sometidos a disputa les ofrecen como instrumento para dirimir sus disensiones. Es la lucha que hemos visto en Corea, Berlín, el Medio Oriente, el Congo y, en nuestros días, Vietnam, una lucha cada vez más racionalizada, calculada, hecha para dañar la moral y el prestigio del enemigo, sin ir más allá de estos fines limitados.

La guerra se racionaliza, a su racionalización se le llama guerra fría: la guerra entre potencias que saben que la destrucción del enemigo puede significar la propia; la guerra natural de la coexistencia pacífica a que obliga el terror que antes decidía el triunfo de uno de los contrincantes, pero que la técnica de la destrucción ha transformado en un ineludible equilibrio del poder destructivo que nadie quiere desatar. Hasta ayer era el terror el instrumento con el que se contaba para imponer al opositor las propias condiciones, la guerra como argumento último para imponer estas condiciones, podía ser llevada hasta la destrucción total del contrincante si éste no aceptaba los puntos de vista de su opositor. Guerra llevada hasta la destrucción total del enemigo, si era necesario, pero nunca a la propia, al menos a sabiendas. Los combatientes, al enfrentarse, estaban seguros de contar con elementos para vencer al adversario. Los asirios, uno de los pueblos más crueles de la historia, se imponían por el terror aniquilando pueblos enteros, como advertencia a cualquier forma de oposición a sus intereses; terror que tenía que ser mantenido so pena de caer víctimas de él como a la postre cayeron. Pero he aquí que en nuestros días el terror se ve obligado a racionalizarse, a ser pura y simplemente una amenaza, una vez que sus posibilidades se encuentran equilibradas y representan el mutuo aniquilamiento.

¿Es posible el diálogo dentro de esta situación? De hecho existe entre las grandes potencias disputantes pese a la diversidad de sus intereses e ideología, pero es el diálogo a que obliga el terror, el que tiende puentes de plata allí donde las situaciones, las tensiones, parecen encontrarse ya sin salida; el diálogo acompañado de siniestras amenazas, a modo de chantaje, para obligar al opositor a componendas que si no logran satisfacer los intereses propios, por lo menos mantienen el prestigio. Diálogo que no es intercambio de ideas, afán de comprensión, sino pura y simplemente lo que han llamado "salvar la cara", esto es, que no parezca que ninguno ha cedido, que ninguno ha retrocedido un palmo. Fue ésta la expresión de la sangrienta guerra en Corea, en la que los combatientes, después de algunos años de guerra, acabaron por situarse a cada uno de los lados del paralelo 38. La paz se hacía, pero a condición de que ni un solo palmo de la disputada Corea cambiase de dueño y se mantuviese la línea divisoria. Antes del armisticio, una desgastadora guerra trataba de ganar territorio más allá del famoso paralelo, al norte o al sur, para poder discutir con mayores ventajas, ante el opositor. Es el mismo diálogo que vemos establecerse entre el Presidente Kennedy y el Premier Khrushchev en la crisis del Caribe en octubre de 1962. Diálogo precedido por la otra amenaza de una guerra que se consideraba inminente con el pretexto de los cohetes teledirigidos que la URSS había montado en Cuba. En este diálogo, las dos grandes potencias discutieron la forma de no llegar al calentamiento de la guerra fría sin perder prestigio. Cuba, el pretexto, apareció pura y simplemente como el instrumento que ambos contendientes utilizaban para mantener sus intereses: en el acuerdo a que llegaron las potencias para nada contó el pueblo, objeto de la disputa. Esta misma forma de diálogo, precedido de amenazas, lo vemos repetirse en otras regiones del mundo. Y con el diálogo, la componenda y la precaria paz que el temor a la mutua destrucción mantiene estática.

ESTA SITUACIÓN, sin embargo, ha hecho pensar en que, pese

a todo, la paz es un hecho y la guerra se aparta del horizonte de la humanidad. Pero las diarias noticias nos informan de todo lo contrario: la paz total, pese a todo, no es la réplica de la guerra total que nadie desea. En su lugar ha surgido una paz relativa, negociada, después de guerras que si no son totales, sí son guerras; limitadas, racionalizadas, equilibradas, pero guerras siempre, a las que se cuida no trasciendan del ámbito que los contendientes les han señalado para limitar su peligrosidad. Paz negociada y al mismo tiempo guerra calculada, pero expuesta a los imponderables. De esta forma cae por su base la alegre utopía que hacía depender del poderío atómico repartido entre varias naciones la aparición de una paz que podría ser duradera. Se consideraba que el equilibrio de poder obligaba a las potencias a buscar la solución de sus problemas por vías pacíficas. La guerra, se dice, no es ya una solución porque implica el aniquilamiento total; las perspectivas de esta posible guerra, se agrega, van desapareciendo.

Las potencias se han visto obligadas a acudir a otros medios que no sean los de la guerra para hacer prevalecer así sus intereses, pero lo cierto es que estos medios no se distinguen mucho de lo que hasta ahora hemos llamado guerra, salvo el cuidado para que ésta no sea guerra total. Lo que se hace más bien, es buscar subterfugios para hacer la guerra y obligar al enemigo a la componenda pero evitando el aniquilamiento mutuo. No es la paz como posibilidad absoluta, la perpetua de Kant, la que se asoma en este horizonte. Las razones son obvias, la paz parcial que se hace sentir no es el resultado de un acuerdo cordial entre los hombres y sus pueblos o naciones, no es el resultado de una voluntad general dispuesta a la comprensión mutua sino puramente el producto, insisto, del miedo, del temor a la aniquilación. La paz, la precaria paz que vivimos, es la obligada solución del equilibrio armado a que se ha llegado, el hecho de que cada uno de los contendientes cuente con armas para responder al aniquilamiento con aniquilamiento. Ninguno de los oponentes está seguro de escapar a la represalia por violento y sorpresivo que sea su ataque. La precaria paz que vivimos,

amenazada por la guerra fría como preludio de la guerra que nadie quiere, no es un síntoma de que se quiera poner fin a las injusticias internacionales. Estas mismas injusticias siguen cometiéndose día a día, sobre un pueblo u otro, cada vez con los más irrisorios pretextos, como son los de que las guerras parciales son necesarias para mantener la paz y la seguridad de esos mismos pueblos y del mundo en general. Las ambiciones de las grandes potencias no han disminuido o desaparecido, únicamente se han visto forzadas a disfrazarse para eludir el choque.

Pero esto ha originado una situación que puede ser aprovechada por los partidarios de una auténtica paz, si no perpetua al menos más duradera y digna. Dentro del forzado diálogo a que se han entregado las grandes potencias para evitar su mutuo aniquilamiento, ha surgido lo que podríamos llamar un tercer dialogante: el mundo objeto del diálogo entre las potencias que se lo disputan; éste, considerado siempre como instrumento, como medio, puede también hablar y actuar para evitar su cosificación. Mundo considerado como botín del mejor entre los grandes oponentes, se rebela frente a esta situación, hace sentir su voz al mismo tiempo que actúa para no ser simple cosa, objeto de apropiación o reparto. La situación ha sido producto del *impasse* a que han llegado las grandes potencias en su expansión sobre el mundo, un *impasse* que ha obligado a los dos grandes disputantes a mantener una especie de zona neutral, zona libre formada por el conjunto de pueblos sobre los cuales se querría establecer predominio: antiguas colonias en Asia y África, así como Latinoamérica e incluso pueblos europeos que en el pasado mantuvieron imperios que se han desmoronado y cuyo "vacío" tratan de llenar los Estados Unidos y la URSS.

Zona de nadie que quisiera dominar uno de los disputantes, pero que ninguno invade; tienen el cuidado de mantenerla dentro de una relativa neutralidad, para evitar la guerra total, y el miedo a esta guerra, decíamos, es lo que frena la expansión de los grandes contrincantes; cada uno de los oponentes cuida con la amenaza de la guerra total, de que su opositor frene su afán expansionista. Es posible, desde luego, lo que hemos llamado

guerra fría. Una guerra de tanteo, racional, para probar al enemigo, para calcular las posibilidades de éste y hasta dónde estaría dispuesto a llegar en caso de un intento de expansión. Cada uno de los rivales trata de aprovechar los errores de su oponente para justificar su expansión aunque sea en un mínimo. Fue un conjunto de errores estadounidenses lo que provocó la expansión rusa hasta las mismas puertas de los Estados Unidos: Cuba. El gobierno revolucionario cubano que se inicia con una bandera nacionalista, para subsistir abraza el comunismo y permite la penetración de la URSS que los Estados Unidos no se atreven a frenar de inmediato para no provocar la guerra total; pero la situación llega a ser intolerable por la desventaja que representa y los Estados Unidos contestan el reto amenazando con la guerra total en la crisis de octubre de 1962, lo que obliga a la URSS a frenar su penetración y a negociar una especie de neutralización de Cuba. Situación semejante la vemos repetirse en nuestros días en el Vietnam en donde los Estados Unidos, buscando ocupar el "vacío" dejado por Francia en esa región de Asia, buscan su expansión sobre esa zona y tropiezan con la resistencia nacional de una mayoría de sus habitantes, apoyada, relativamente, de sus vecinos comunistas. Zona en la que los Estados Unidos parece estar tanteando la capacidad del comunismo para frenar su expansión combatiendo, no ya a los guerrilleros del Vietcong, sino al vecino comunista, el Vietnam del Norte. ¿Hará algo la URSS para frenar la expansión norteamericana en esta parte de Asia? ¿Aceptará esta nueva componenda como antes aceptó la de Cuba? Sólo que aquí se tropieza con un nuevo disputante, que no forma parte del comunismo representado por la URSS: China, que hace ya su propio juego independiente de la URSS y que incluso busca aprovechar los errores de ésta, como la componenda que se ha dado ya en Cuba, para arrebatárle la jefatura del socialismo en el mundo e, inclusive la del conjunto de pueblos que forman el mundo que se disputan los Estados Unidos y Rusia. Habrá que contar con este nuevo contrincante y su juego independiente. Los Estados Unidos ya se habían encontrado con él en Corea. Pese a sus diferencias con

China, ¿aceptaría la URSS una guerra de exterminio contra un pueblo socialista como China, dándole a éste la razón? Los Estados Unidos golpean al Vietnam del Norte, para vengar sus derrotas en el Sur y probar las intenciones de la URSS en esta región. Se amenaza con llevar la guerra a China, pero es tan sólo una amenaza que ninguno de los oponentes desea ver cumplida porque sería el origen de la guerra total. Vietnam del Norte absorbe el castigo de los Estados Unidos, pero no da la respuesta que obligaría a contestar con el castigo a China, porque esto significaría ya la guerra total, salvo que la URSS buscara o diese oportunidad para una nueva componenda. Y es China, otra vez, la zona que no debe ser tocada, la zona que debe mantenerse neutral por su peligrosidad, lo cual China aprovecha para entrar en el diálogo en el que se quisiera fuera simple objeto y no participante. Con sus millones de hombres dispuestos a hacerse oír para lograr la solución de sus problemas, China está allí como una nueva amenaza, la amenaza de la guerra total. Para evitarla, hay que contar con China y hacerla participar en el diálogo, en caso contrario, parece dispuesta a ser el principio de la hoguera del incendio. Y es con esta fuerza de millones de hombres dispuestos a todo y que por lo mismo, difícilmente pueden ser objeto de componenda ajena a sus intereses, que China se hace sentir como dialogante y entra, activamente, en el juego de la guerra fría, haciendo de Vietnam una nueva guerra cerebral, racional, cuidada, para que sea instrumento de una componenda que satisfaga no sólo a los grandes contrincantes, sino al nuevo que ha surgido.

Guerras de desgaste, agotantes, para poner a prueba la capacidad del enemigo. Una prueba que permita, si no la expansión que se desea, por lo menos un nuevo ajuste dentro del mundo considerado como botín, y esta situación es la que el resto del mundo, como ya lo hace China —aunque sin sus posibilidades de unidad humana por su volumen—, aprovecha para mantener un respiro y jugar su propio juego. El miedo que se guardan entre sí los grandes combatientes les permite un ámbito de libertad, de independencia, que ninguno se atreve

a limitar por temor a la reacción de su opositor: no pudiendo ser de ninguno, lo mejor es mantener su neutralidad; claro que lo mejor sería una neutralidad pasiva, pero los pueblos no son ni pueden ser pasivos y esta neutralidad tiene que ser activa, un hacerse oír como entidades independientes, un pugnar por sus propios y concretos intereses. Si esto no es posible, los habitantes de esa zona neutral retan a alguno de los contrincantes que se la disputan, para que penetren y los limiten, seguros como están de que esto es algo que no permitirá su opositor, salvo que se quiera la repetición de la agotante experiencia de Corea, Cuba, el Congo y el Vietnam. Los grandes contrincantes, pese a todo, no desean la multiplicación de zonas que pueden ser explosivos, lo mejor es siempre una zona neutral. Zonas que no sean ni para Dios ni para el diablo... Cada uno de los grandes oponentes se cuidará de garantizar la seguridad de esas zonas, de garantizar que su opositor no se expandirá sobre ellas so pena de provocar la guerra total, o la agotante guerra fría que termina en una nueva garantía de neutralización.

Y así como las grandes potencias se chantajea con la posibilidad de la guerra total para buscar acuerdos o componendas que les favorezcan, aunque sean mínimas, los pueblos que forman el mundo objeto de la disputa, chantajearán, a su vez, con su neutralidad; esto es, con la seguridad de que no serán zonas explosivas. Y para no serlo las grandes potencias tendrán que atender, no tanto a su propio juego sino, en función relativa con el mismo, al juego de los pueblos disputados; éstos no tendrán que jurar ni por Dios ni por el diablo, ni por el capitalismo ni por el comunismo, simplemente por sí mismos, por sus naturales y concretos intereses. ¿Que el capitalismo puede ayudar a la solución de varios de sus problemas, sin enajenar su independencia y neutralidad, porque ello significaría la reacción de su opositor? ¡Venga pues la ayuda del capitalismo! ¿Que el comunismo, más concretamente la URSS, con independencia de su ideología puede ayudar a la solución de otros problemas, sin enajenar, por las mismas razones, esa independencia y neutralidad? ¡Venga pues la ayuda del comunismo!

Claro es que este juego puede originar situaciones como la de Cuba pero es precisamente la posibilidad de estas situaciones lo que hace a los grandes contrincantes más cuidadosos de que se mantenga la neutralidad, la que implica, a su vez, la aceptación de los puntos de vista de los pueblos sometidos a disputa.

Los pueblos a los que se agrupa en nuestros días con varios nombres, entre ellos el de pueblos del Tercer Mundo, participan en el rudo diálogo de los grandes, aunque limando su rudeza por ser, precisamente, pueblos que no tienen más arma ofensiva o defensiva que su derecho a existir en forma autónoma e independiente. Tienen ya voz y voto, y éstos se hacen ya sentir en los organismos internacionales. Pueblos débiles en el terreno de la fuerza, pero que no lo son en el de la moral y el derecho. No quiere esto decir que este conjunto de pueblos forme una gran unidad como la forma China por naturaleza; no siempre sus intereses son comunes, pero esto es parte de la autonomía que les va caracterizando. Pueden, es cierto, inclinarse, relativamente hacia un bando o hacia el otro, pero en función con lo que mejor convenga a sus concretos intereses, y va siendo algo común a todos ellos, la exigencia de que les sea respetado su derecho de autodeterminación y el repudio a toda intervención extraña; derechos que las grandes potencias tienen que ir aceptando, aunque sea a regañadientes, dado que cualquier acto de intervención de su parte puede ir acompañado de una acción semejante por lo que respecta a su opositor provocándose las desgastadoras expresiones calientes de la guerra fría y la posibilidad de la guerra total.

Pero reconsideremos. Un mundo, formado por un considerable número de naciones nuevas o antiguas, pero sin la fuerza física de las grandes potencias que se lo disputan, aparece en la historia y participa en ella activamente hasta obligar a las grandes potencias a aceptar los puntos de vista que garanticen su neutralidad, una neutralidad que favorece a unos y conviene a otros, que es la mejor expresión de la anhelada paz. ¿Pero es éste el principio de la buscada paz perpetua? Desde luego que no,

ya que la posibilidad de esta neutralidad y el surgimiento de los pueblos que puedan hacerse oír en la comunidad de naciones, es todavía el efecto de la paz que provoca el terror, el miedo que tienen las grandes potencias de que un acto suyo origine la destrucción total. Es este temor el que ha originado un mundo, que siendo visto como botín de guerra, nadie se atreve a tomarlo porque esta guerra puede acabar con los disputantes y con el botín. Sin este temor, la existencia de muchas de las naciones actuales sería imposible, ya que poco o nada puede el derecho frente a la violencia. Pero queda aún algo más, algo que se perfila y ha provocado ya varias reacciones: la componenda entre las dos grandes potencias, que mutuamente se han obligado a mantener las manos fuera de un botín. La componenda que puede llegar a significar el reparto equitativo de este botín, un nuevo y colosal reparto del mundo, lo que pondría fin a la neutralidad e independencia de los pueblos que lo forman. Es de este peligro que habla, una y otra vez, China; del mismo viene insistiendo la Francia de De Gaulle. Una y otra —que se saben serían objeto, con otros muchos pueblos, de ese arreglo, de ese reparto— insisten en el fortalecimiento de la neutralidad, aunque ésta tenga signos diferentes para cada una: algo que empieza a ser también considerado por los llamados países neutralistas. ¿Cómo evitar la posibilidad de un reparto negociado? La única solución que parece surgir de inmediato es la de una fuerza que garantice lo que se considera auténtica independencia de los pueblos, que permita el mantenimiento de una política independiente de las presiones de los dos grandes contrincantes y que, además, permita responder a cualquier agresión. ¿Puede hacer esto el conjunto de pueblos del llamado Tercer Mundo? Desde luego que no: las dos potencias cuidarían de que tal cosa no sucediese. No ocurre lo mismo con pueblos como Francia, Holanda, Inglaterra y Bélgica, antiguas potencias que han visto cómo se disolvieron sus imperios. Francia que ve cómo el lugar por ella dejado es objeto de disputa de los dos grandes de este tiempo; Francia, que pese a su potencialidad ha dejado de ser parte activa de

la política mundial para transformarse en instrumento de la política de las dos grandes potencias, al igual que otros pueblos es objeto de disputa y, por ello, de una manera u otra, es ya parte del Tercer Mundo, pero una parte más potente y con más posibilidades que los otros pueblos. Quizás el aporte más importante de De Gaulle a la política de este tiempo, ha sido la conciencia que tiene de esta situación y cómo trata de superarla, manteniendo una política independiente de los dos grandes bloques que forman los Estados Unidos y la URSS. La Francia de De Gaulle no se resigna a ser instrumento de la política internacional estadounidense en su pugna con la URSS por mantener una política propia, la que mejor convenga a sus intereses; para ello, cuenta con elementos materiales con los cuales no cuentan los países del llamado Tercer Mundo.

Algo semejante sucede en el campo socialista con China. Una nación que ha mostrado ya su fortaleza y su capacidad para sostener una política que no dependa de la política sostenida por Moscú, una política, inclusive, de oposición a ésta, considerando que la URSS se está apartando de la ortodoxia socialista. Pero en el fondo, un afán independentista, el de no depender de intereses que no sean los propios. Y, con capacidad, insistimos, para hacer sentir la fuerza con que cuenta para mantener esta independencia. Ambas, Francia y China, se arman y fortalecen al margen de los lincamientos de Washington y Moscú. No quieren, sostienen una y otra, que la defensa de su suelo y sus intereses dependa de otras fuerzas que no sean las propias. Ninguna de ellas está segura de que, en caso de sufrir una agresión, la nación que dice encargarse de su seguridad contestará a la agresión con la agresión y que por el contrario, acepte una componenda. Cuba es, para ambas naciones, el ejemplo de esta componenda realizada sin tomar en cuenta al país amenazado; por eso, tanto Francia como China se han preocupado por armarse, incluyendo dentro de este armamento, la misma atómica. De esta forma, una y otra podrán contestar a la agresión con la agresión, sin hacer depender esta respuesta de los supuestos guardianes de la seguridad del mundo capitalista o socialista;

esto es, capacidad de respuesta a la agresión, al temor, lo que al mismo tiempo impide, decíamos, la componenda, el reparto del mundo en disputa. La semejanza de los puntos de vista francés y chino, pese a la diversidad de sus ideologías y las metas que las mismas les señalan, se ha expresado en las estrechas relaciones que vienen guardando, en estos últimos tiempos, los disidentes de los cerrados bloques capitalista y comunista. De una forma u otra, ambas naciones pugnan por la neutralización de las zonas disputadas en lo que fuera Indochina y, en un plano más amplio, por asegurar la independencia y neutralización del llamado Tercer Mundo. De Gaulle y Mao Tse-tung, con independencia de sus respectivas ideologías, buscan acercarse a estos pueblos en Asia, África y Latinoamérica ofreciéndoles su colaboración, su ayuda técnica y económica, para fortalecer su independencia. Pareciera como si uno y otro buscasen jefaturar el Tercer Mundo, contando, como cuentan, con elementos materiales y técnicos para ayudar a fortalecer a esos pueblos y crear una tercera fuerza que frene definitivamente los anhelos de expansión de las dos grandes potencias mundiales; una tercera fuerza armada con instrumentos capaces de provocar la destrucción que ninguna de las dos grandes potencias desea ver desatada. Otra vez, el equilibrio del terror como salida para una paz, que si no es perpetua, parece ser la única forma posible.

“Todo estado —decía Kant— trata de alcanzar la paz perpetua conquistando el mundo entero”. Un solo y único imperio, algo que nuestro tiempo no muestra como posibilidad; por el contrario, dos grandes y poderosos imperios se lo disputan y en su disputa han acabado por frenarse, neutralizarse. Esta posibilidad de una paz perpetua relativa sólo resultaría de un reparto y de la creación de dos imperios, pero estaría siempre expuesta a repentino choque de los repartidores por cualquier motivo que alterase sus respectivos intereses. Pero está frente a ellos un mundo que se niega a ser repartido y que puede oponerse gracias a la neutralización de los grandes, que podría ser reforzada con la colaboración de otras potencias menores que

no quieren ser objeto de reparto. El terror como arma para frenar el terror. ¿No queda otra salida?

Queda el diálogo pero no el diálogo como instrumento de disputa. El diálogo de los grandes con los grandes, los pequeños con los pequeños y aquéllos con éstos. Y no un diálogo sobre la base de la distinción entre grandes y pequeños, sino entre hombres y pueblos que aspiran a un mínimo de seguridad, a una paz que les permita desarrollarse o mantener el desarrollo alcanzado, pero sin que uno u otro se realice o siga realizándose a costa de los demás. Kant soñaba en que serían las democracias las que harían posible la paz perpetua, la historia ha anulado este sueño. El establecimiento de las democracias en el mundo no ha originado esa paz; los intereses de un determinado grupo siguen siendo los resortes de la paz o la guerra limitada, precaria; sólo el temor a la propia destrucción, impide la catástrofe que esta situación provoca. Sin embargo, este temor ha creado ya la conciencia de que debe ser eliminado, pero será imposible si los hombres y sus pueblos no se deciden a realizar un ajuste de sus respectivos intereses, para que dejen de ser la mecha ardiente de un tremendo explosivo. ¿Componenda? ¿Nuevas componendas? El nombre es feo si éstas son sólo subterfugios para escabullir responsabilidades y defender situaciones que por injustas son el origen de múltiples distinciones. Las grandes potencias pueden llegar a una componenda para defender y mantener sus respectivos intereses, comprometiéndose a devorar el trozo de pastel que les ha tocado sin tratar de quitarle el resto al otro beneficiario, pero frente a esto surge la resistencia de los pueblos, que no son primeras potencias, a ser objeto de este reparto o cuando más a quedar reducidos a acuerdos que les garanticen relativamente, que sólo serán comidos por uno de los devoradores y no por el otro; la seguridad de que nadie que no sea uno ellos, les tocará. La seguridad que tiene el pavo de que en la navidad va a ser comido por una determinada familia y no por la otra.

No, por supuesto, no se trata de esto. Este arreglo sólo sería un explosivo a largo plazo. Lo importante será que los grandes,

por grandes que sean, acepten recortar un poco de esa grandeza para potenciar la de los que no lo son. Pero no por razones altruistas, morales, de una bondad que resulta imposible; sino por que es ésta la única forma de garantizar la verdadera paz, la paz cuya perpetuidad dependerá del autodomínio de que sean capaces las naciones, grandes y pequeñas para mantener un justo equilibrio de intereses que satisfaga las necesidades de sus pueblos. Pero "no basta para ellos —nos diría ahora Kant— que la voluntad individual de todos los hombres les sea favorable. . . no basta la unidad *distributiva* de la voluntad de todos. Hace falta, además. . . la unidad colectiva de la voluntad general; hace falta que todos juntos quieran ese estado. . . Sobre las diferentes voluntades particulares de todos es necesario, además, una causa que las una, para constituir la voluntad general y esa causa unificadora no puede ser ninguna de las voluntades particulares". ¿Cuál es la causa unificadora que puede unir ahora a todos los hombres? Por lo pronto, lo único que puede unirlos es, habrá que decirlo, el miedo. El miedo ante el terror que ellos mismos han creado para hacer prevalecer sus intereses, el miedo a la destrucción total, a la paz perpetua, pero la de los cementerios, haciendo del mundo un solo gran cementerio. Altruismo, moralidad, decíamos, desgraciadamente no une, lo que puede unir es la seguridad de que si no se da una voluntad general de convivencia, la catástrofe es segura. No más elusiones, no más formas de retardar lo que puede llegar para ver si a pesar de todo es posible salvar unos determinados intereses; la seguridad plena, el acuerdo total tendrá que ser expresión de la voluntad general de todos los hombres y pueblos de ajustar sus intereses para crear un solo gran interés que sirva a todos, sin excepción, para que las diferencias se resuelvan por el diálogo y ya no más por la amenaza mutua. Dialogar, hombres y pueblos, para entenderse y crear una sola voluntad que, por lo pronto, tendrá que ser de simple supervivencia en espera de que, en un futuro que urge sea cercano, sea algo más: vivencia, vida, la vida a cuya defensa debe tender la naturaleza y la razón que no debe estar más al servicio de la muerte, por limitada que és-

ta pueda ser presentada. No más el racionalismo que cuidadosamente calcula cómo salvar a una mayoría a costa del sacrificio de una minoría; no más una mayoría o una minoría a cuyo servicio ha de estar la razón y sus múltiples instrumentos, sus creaciones. Pura y simplemente el conjunto total de los hombres, de hombres concretos, hombres de carne y hueso, como expresiones que son, cada uno de ellos, de lo universal, de la humanidad. No más el humanismo que discrimina y, en su nombre, sacrifica hombres para salvar supuestamente otros hombres bajo múltiples pretextos, sino el humanismo que reconoce en cada hombre una unidad irremplazable, necesaria para la propia existencia de los otros. Y es sólo en función con este humanismo, que la relativa paz a que está obligando el terror, podrá ser reemplazada por una paz que tenga su asiento en la voluntad concreta de cada hombre reconociendo lo humano en la imagen de los otros; una paz que podría alcanzar la eternidad de este hombre, si es que antes no ha elegido su perennidad.